

# *Nuevas experiencias*

Juan José Cabedo Torres

Junio de 2011

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Que la vida es un viaje de estudios y una experiencia siempre novedosa es algo que, para mí, está fuera de toda duda. Si ves que a tu vecino le ocurre algo conviene que no exclames “¡Eso a mí no me va a pasar!”, pues es una mera cuestión de tiempo. Mi abuelo lo expresaba con un aforismo salomónico mientras quitaba la ceniza del cigarrillo con la uña del dedo meñique: “No te mueras joven, que verás cosas”. Mi abuela, más recia ella, me cogía del brazo, y mientras me agitaba para que entrara en razón me decía: “¡A ti que nadie te lleve por delante!”

Yo me dedico a la docencia y este curso escolar ha resultado sumamente instructivo, tanto en el aspecto personal como en el profesional. La parte personal me la guardo para mí, pues forma parte de mi vida privada. Comparto con el lector el aspecto profesional por si algún lector forma parte del grupo de personas previsoras que ponen sus barbas a remojar cuando ven pelar las de su vecino.

Una de las fuentes de aprendizaje son mis alumnos y este curso ha habido una novedad y un salto cualitativo: dos alumnos, en momentos distintos, me han mandado a tomar por culo. Así, como suena. Sin metáforas ni eufemismos. Vete a tomar por culo. Afortunadamente para mí, no ofende quien quiere, sino quien puede (eso también me lo enseñó mi abuela), y el ejercicio de la profesión me ha dotado de una gruesa capa de látex que me permite sobrevivir en las situaciones más adversas. De hecho estoy convencido que tras un desastre nuclear de grandes proporciones sobreviviríamos las ratas y algunos profesores de Secundaria. Obviamente comuniqué ambas invitaciones a perder la virginidad trasera, por escrito, a la Jefatura de Estudios del Centro donde trabajo. En ambos casos los alumnos fueron expulsados dos o tres días. Doctores tiene la Iglesia, pero en mi opinión la sanción no estuvo a la altura de la gravedad de los hechos. En mi opinión, claro.

Hablando sobre uno de estos alumnos con una de las Jefas de Estudio me comentó que no sabía si sancionarlo más porque los castigos no servían de nada. Le hice ver que la otra opción, la impunidad, era bastante más dañina para el funcionamiento del Centro y para el propio alumno. Que tus actos no tengan consecuencias es la peor lección que puede recibir un adolescente. En mi opinión, claro. También manifesté que lo que están pidiendo a gritos estos adolescentes desorientados es firmeza, disciplina y unos límites claros. La otra Jefa de Estudios me sugirió unos días después que lo que funcionaba en las clases era tener una expectativa positiva sobre los alumnos, no sé si como medida complementaria o sustitutiva de la firmeza. Se me olvidó preguntárselo.

Ambas ideas –no sirve de nada sancionar, lo que funciona es la expectativa positiva sobre los alumnos– se mezclaron en mi cerebro, evidentemente trastornado por la presión, y generaron el siguiente diálogo:

ALUMNO. ¡Vete a tomar por culo!

YO. Gracias, muy amable. No hay ningún problema. Tengo una fe inmarcesible en que tú puedes aprobar el curso.

Soy de los ingenuos que piensan que las medidas psicológicas son eficaces cuando se aplican a los problemas psicológicos, mientras que los problemas disciplinarios exigen soluciones disciplinarias, y que conviene no confundir el culo con las témporas. Cuando digo esto, que a mí me parece evidente, me siento como un extraterrestre que acabara de aparcar el platillo y se encontrara en un mundo del que no entiende nada. Así son estos tiempos: hay que explicar una y otra vez lo evidente.

Los dos alumnos en cuestión pertenecen a 2º de PCPI. Impartir clases allí es una experiencia que roza la mística. La recomiendo encarecidamente a quienes sientan que la vida se les ha vuelto aburrida porque sus sueños y las promesas que se hicieron en la adolescencia, ¡ay! se han ido irremediabilmente por el desagüe.

La mayoría de los alumnos del PCPI han considerado que mis clases “eran un cachondeo” y que ellos venían al Instituto a pasar el rato, hasta que les he convencido de lo contrario. Los alumnos venían un rato por la mañana y consideraban que el Centro era su posesión, por la que podían pasearse a su gusto sin que la dirección del Instituto haya puesto, en mi opinión, el empeño necesario para solucionar tal despropósito. Así han ido transcurriendo los meses: ellos jugando y yo intentando que aprendieran algo. Sirva mi experiencia de aviso para navegantes de hacia dónde nos encaminamos cuando las direcciones de los Centros están más ocupadas en trabajarse la imagen externa del Instituto, como si de una sucursal de El Corte Inglés se tratara, que en apoyar a los profesores y garantizar el derecho a la enseñanza de los alumnos que sí quieren estudiar.

La otra experiencia novedosa este curso ha sido que se me ha ordenado hacer un trabajo de oficina que yo consideraba que no entraba dentro de mis obligaciones. Se trata de pasar al ordenador los resultados de las Pruebas de Diagnóstico de Segundo de la ESO. Los profesores de Lengua y Literatura le comunicamos al director que creíamos que tal labor no formaba parte de nuestras obligaciones. La respuesta de la Dirección ha sido ordenar la ejecución del trabajo al Departamento de Lengua y Literatura bajo la amenaza de terribles consecuencias. Debo reconocer que he sentido el placer perverso de regresar a un episodio de mi juventud, el Servicio Militar, durante el cual tuve que cumplir los mandatos más disparatados.

Hay tantas formas de entender el ejercicio del poder como personas que lo ejercen, pero todas ellas oscilan entre dos extremos. En uno de ellos están quienes consideran que quien ostenta el poder está al servicio a los demás y que, consecuentemente, quien más manda es quien más sirve. Así lo entendía Jesucristo, y sus teorías sobre el asunto pueden leerse en el Evangelio de San Juan. En el otro extremo están quienes se sirven del poder para suplir sus propias carencias. Aquí encontramos a Hilter y, en este caso, la lectura recomendada es *Mi lucha*. Cuando los otros niños se reían de Adolfo porque era bajito y feo él pensaba «Reíd, reíd; veréis la que voy a montar cuando sea mayor.» Desgraciadamente la idea del ejercicio del poder como servicio a los demás es la que menos adeptos tiene.

Desde hace tiempo supe que éste era mi futuro como docente: los alumnos me insultan impunemente y la dirección me amenaza para que haga trabajo de

oficina. No puedo decir que no haya habido signos que me hayan llevado a prever que esta situación se produciría. Desde que la LOGSE cambió con su bonitas frases las Enseñanzas Medias, desde que en los equipos directivos hay cada vez menos docentes y más psicólogos y pedagogos era previsible que esto ocurriera. El futuro, que no es más que otro *poltergeist*, me susurra en el oído: «¡Ya estoy aquííí!» La siguiente vuelta de tuerca es la agresión física. Tiempo al tiempo.

Agradezco la paciencia y la tolerancia de esos pocos que se hayan podido sentir identificados con lo que han leído. Gracias también a la inmensa mayoría a la que estás cosas les traen al fresco; convendría en cualquier caso que fuerais despertando y que dejarais de votar en masa a los partidos que incluyen candidatos procesados por corrupción. Agradezco especialmente su atención a las pocas personas a las que mis palabras irritan. A ellas se las dedico pues, parafraseando la dedicatoria de Cela en *Pascual Duarte*, mis enemigos son los que más me ayudan en este viaje de estudios que es la vida.

Llega el verano que es el tiempo de las bicicletas, de pasar más tiempo con la familia (ojo con los divorcios) y de leer algún libro inteligente. No hay cuidado: en septiembre los problemas seguirán en el punto en el que los dejamos.

*Juan José Cabedo Torres, Catedrático de Lengua y Literatura en el IES Juan Carlos I de Ciempozuelos.*